

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

CRISTÓBAL MEDINA

OBRAS:

El Inmaterial; Lo demás es cosa
 vana; Operación Chamusquina



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

XIA ZHENG ZHOU



Patri la mentirosa

Hola, Laura, tengo que contarte un gran secreto; ya no puedo callarlo más e iré directa al grano: soy una mentirosa.

Sí, eso es. Toda mi vida, desde que nos conocimos hasta este instante, ha estado basada en la mentira y es hora de ponerle fin. Bueno, pues con esta confesión quiero que mi vida dé un giro radical, que ya va siendo hora. Siempre me gustó la psicología y lo que voy a contarte espero que me sirva para psicoanalizarme.

Mi primera mentira surgió por casualidad, cuando ambas éramos unas crías y, como no supe pararla, crecí como bola de nieve que rueda por una pendiente. Fue por algo insustancial, sin importancia, pero acabó marcando el devenir de mi vida.

¿Recuerdas cuando apareciste en el cole con unos patines? Pues ahí comenzó todo. Éramos por entonces muy amigas, y lo seguimos siendo, pero yo te tenía envidia. Todo lo tuyo me parecía muy bonito. Tus zapatillas que brillaban con lucecitas al caminar, tus falditas de vuelo tan monas y hasta las gomas del pelo. Yo te miraba a ti, luego me miraba a mí y me moría de envidia.

Aquel día que te digo, llegaste con unos patines nuevos y en el recreo te los pusiste para entrenarlos. Se me iban los ojos detrás, porque yo no tenía patines. Tú estabas muy contenta y reías. Al darte cuenta de que te miraba, me dijiste: «a ver si no me la pego, que soy un pato». Me pareció que te burlabas de mí, cuando solo pretendías que no te envidiara.

Me pudo el orgullo y te di indicaciones de cómo debía patinar: «Lo más importante es tener confianza, mantenerte firme y echar el cuerpo hacia delante. No tengas miedo, que es muy fácil, casi como andar. Verás como, cuando pienses que te caes, reacciones echando un pie adelante y recuperas el equilibrio». Entonces, sonreíste y comenzaste a desabrocharte los patines. Me pediste que me los pusiera yo y te enseñara cómo hacerlo. Habías dado por supuesto que sabía patinar y yo no estaba dispuesta a desmentirlo.

Esa fue mi primera mentira, una mentira chiquitita. Podía haberte dicho que yo no sabía patinar, que tan solo te indicaba cómo entendía que debía hacerse; pero el engreimiento se apoderó de mí y me inventé una excusa, mi segunda mentirijilla: «No, no puedo patinar, tengo una lesión en el tobillo». Punto y final, asunto zanjado. Pero tuviste que rematarlo: «Si no te he notado nada, andas muy bien, ¿cómo no te has quejado antes?». Ahí llegó la puntilla por mi parte, la mentira gordota: «Porque no es una lesión propiamente dicha. Es que soy patinadora, estoy federada y la entrenadora me ha dicho que cuide el tobillo; que lo fortalezca sin arriesgarme a un torcimiento, porque, si sufre un pequeño percance, perdería la temporada». Levanté la cabeza orgullosa y me marché. «¡Chúpate esa, patinadora de pacotilla!».

Todo podía haber quedado ahí y esa cuestión entre crías sería olvidada pronto, pero no, tú te obsesionaste con el tema. «Mi amiga Patri es patinadora y está federada. Patri compite en torneos de patinaje. Patri es una figura del patinaje. En cuanto aprenda, yo también voy a federarme y a competir».

Los días siguientes fueron muy malos para mí. Quería desmentirlo todo y decirte que se me fue la lengua y que no sabía patinar, que nunca había patinado y que no estaba federada en ningún deporte. De verdad que lo inten-

té, pero en cuanto te veía, me preguntabas y yo te daba cada vez más consejos de cómo patinar mejor. Había conseguido que me admiraras. Algo había cambiado, ya no te envidiaba yo a ti, sino que eras tú la que me envidiabas a mí. Así que lo dejé estar.

Pero apenas dormía ni estudiaba. Solo pensaba en el momento de decepción que ibas a sufrir cuando lo supieras todo. Y eso iba a pasar, porque si le pedías a tus padres que te llevasen a la federación de patinaje, descubrirías que yo nunca estuve allí. Tanto sufrí, que decidí adelantarme. Le dije a mi padre que quería ser patinadora y él me miró con cara de sorpresa. Mucho le insistí hasta que me llevó a la federación y cumplimentamos la ficha. Mi padre me compró unos patines de esos de cuchillas, no de ruedines como los tuyos, y se empeñó en que me enseñaran a patinar. Yo pensé que sería buena idea, porque el día que tú llegases a federarte ya te tendría ventaja y seguirías admirándome.

El primer día, la entrenadora, al ver que ni siquiera sabía tenerme en pie con los patines, me dijo que era mejor que buscara otro deporte que fuera más acorde con mis aptitudes. Yo me empeñé en demostrar que sí que tenía cualidades y puse en práctica todas las instrucciones que te había dado, pero no era tan fácil. Entonces, la entrenadora me encontró llorando. Lloraba porque imaginaba tu burla cuando supieses que ni siquiera era capaz de tenerme en pie en unos patines. Pero a ella le menté de nuevo, le dije que lloraba porque siempre había soñado con ser patinadora, que me había propuesto ser una figura internacional, que quería recorrer los países patinando. Que amaba el patinaje sobre todas las cosas, pero que me había dado cuenta de que nunca lo lograría. La entrenadora se apiadó de mí y me dijo que eso estaba por ver. Desde entonces puso un interés especial en que yo aprendiera a patinar. Me dedicó más atención que al resto de las niñas y mi torpeza siguió siendo torpeza, pero con una diferencia: patinaba con torpeza y antes no patinaba.

En casa, todos los días me preguntaban por mis avances. Yo era cauta, aunque de vez en cuando sumaba un progreso, para no quedar como inútil. Lo sumaba de palabra más veces que en la práctica. Me creyeron una experta, cuando lo único que había conseguido era dar una vuelta a la pista sin caerme. Sin caerme mucho.

El caso es que me empeñé en aprender y le dediqué tanto tiempo y ganas que comencé a progresar de verdad. Mi entrenadora me apuntó a los campeonatos provinciales. Es cierto que me advertió que no iba a lograr ninguna medalla, pero que me vendría bien la experiencia. Mi orgullo fue grande cuando te lo conté: «Voy a competir por una medalla». Y tú saltaste loca de alegría y me abrazaste. Te vencí. Me admirabas, a pesar de que tu pantalón vaquero roto estuviera más roto que el mío y que tus zapatillas fuesen fucsias, mientras las mías eran blancas. Luego me confesaste que te habías cansado de los patines y que ya no te ibas a federar.

Yo competí y quedé de las últimas. Pero el público y los aplausos dieron una gratificación a mis esfuerzos; así que, con cierta pena, decidí dejar el deporte. Con pena y con la firme oposición de mi entrenadora, que me dijo que apostó por mí y que había descubierto que yo tenía madera. ¿Madera yo? ¿De qué? Pero si no me

gustaba patinar! Al final, no quise defraudarla, por todo el tiempo que me había dedicado, y me propuse seguir unos meses más.

Al año siguiente gané los provinciales y fui corriendo a enseñarte mi medalla de oro. En esas, tú me dijiste que habías visto mi foto en el Diario. Me volvíste a abrazar y a felicitar.

Me sacrifiqué mucho por el patinaje. Pero aquello me quitó tiempo para juegos, tiempo con amigos, tiempo de lecturas y para ver series y películas. Al año siguiente gané el campeonato autonómico y, cuando estaba decidida de nuevo a dejarlo, mi entrenadora me dijo que me había inscrito en el campeonato nacional. Y luego vino el europeo. Como sabes, he llegado a ser tres veces campeona de Europa y a tener una medalla de bronce en las olimpiadas. Pero todo a costa de abandonar mis estudios, a mis amigos y las diversiones. Mientras practicaba mi odiado deporte, arriesgaba con la intención de lesionarme y de que la lesión me obligase a dejarlo. Pero ese riesgo asumido de forma temeraria era el que me acababa dando las medallas.

Me planté frente a mi padre y, llorando, le dije que no quería seguir. Él fue a hablar con mi entrenadora, porque, si llego a ir yo, seguiría compitiendo a estas horas. Entonces, me matriculé en el nocturno para sacarme a destiempo el bachillerato, y ya tenía a la vista las pruebas de acceso a la universidad. Por fin iba a estudiar Psicología, que siempre fue mi pasión. Por fin iba a abandonar la impostura.

Recuerdo lo contenta que fui a verte a tu piso de estudiante en Salamanca. Te dije que había dejado de competir y que me estaba centrando en acabar el bachillerato para estudiar una carrera. Tú me dijiste que cursabas el último año de Biológicas y la envidia me mordió de nuevo, pero intenté disimularlo. Estabas al ordenador y ni siquiera sabías incorporar una tabla Excel en el Word para tu trabajo de fin de grado. Te dije cómo y me respondiste admirada que yo era un portento, que, a pesar de tener el tiempo ocupado con algo tan absorbente, como era la competición de élite, sabía informática. Ahí salió mi genio: «¿Qué te crees?, que solo vivo para una cosa. Pues claro que sé usar un ordenador y además soy experta en redes y en bases de datos». Te quedaste sorprendida. Tanto que volviste a abrazarme y a regalarme tu asquerosa sonrisa de admiración. Me dijiste lo mucho que me querías y cómo yo era un referente en tu vida. Me marché diciendo para mí: «¡oróbrate, estúpida!».

A los pocos días, te presentaste en mi casa pidiéndome auxilio. Se te acababa el plazo para presentar tu trabajo de fin de grado y se te había roto el ordenador. Me dijiste que si no te lo arreglaba ibas a perder la convocatoria. Al día siguiente me presenté yo en tu casa con tu ordenador arreglado y las muestras de tu admiración hacia mí alcanzaron cumbres tan altas como los picos del Himalaya. Me callé que lo había llevado a una tienda y pagué de mi bolsillo su arreglo. No te lo digo ahora para que me des el dinero, sino para que veas hasta dónde fui capaz de llegar, con tal de no desmentir que era una experta en informática. Para rematarlo, díste por hecho que me iba a matricular en esa carrera, aprovechando mis conocimientos. Y tampoco fui capaz de desmentirlo.

Un día más tarde, te presentaste con tu novio. Bueno, con el novio que tenías entonces, que «por casualidad» era informático. Me estuvo dando la vara con consejos sobre la forma



Tú me admirabas por mi fuerza de voluntad, por mi renuncia al mundo, por no conocer lo que es el amor

de llevar a los profesores de la facultad, sobre las asignaturas más difíciles y sobre cómo rellenar los impresos de matrícula. Mientras él hablaba, tú te sentías orgullosa de que tu amiga Patri estuviera a la altura de tu novio en una carrera tan difícil como esa: ingeniero informático, nada menos.

Sí, odio la informática; la odiaba entonces y la sigo odiando ahora, y ese día decidí ser ingeniera informática para que me siguieras admirando. En un principio no lo vi tan descabellado, pues era una carrera con salidas. Mi padre se alegró de que dejara atrás la psicología y me hiciera ingeniera. Todos erais felices. Menos yo.

Y soy ingeniera, ya lo sabes. Ayer fui a darte en las narices con mi brillante expediente académico. Pero lo cierto es que sufrí con la informática tanto como con el patinaje. Como desde un principio no me gustaba nada, tomé la decisión de acabar la carrera en el menor tiempo posible y me matriculé en más asignaturas de las que era razonable. Me quemé las pestañas con el ordenador, estudié matemáticas para solventar mis carencias, tomaba cinco cafés diarios, apenas dormía y acabé hastiada y sin ganas de vivir.

Ayer me mostré feliz delante de ti, con la categoría que me daban mis campeonatos de Europa, mi medalla olímpica y mi título de ingeniera. Y ahí estabas tú, con tu novio, con el nuevo, diciendo que os ibais a casar.

Entonces, tomaste una actitud condescendiente. Te apenabas de mí. Sí, eso dijiste, que te apenabas, porque mi dedicación compulsiva al deporte y acabar informática en solo tres años me había impedido vivir. Afirmaste que yo no había tenido relaciones con otras personas y, lo que es peor, que no había podido tener pareja. Que yo era como una monja que había profesado votos con objeto de conseguir bienes mayores. Que me admirabas por eso. Tú me admirabas por mi fuerza de voluntad, por mi renuncia al mundo, por no conocer lo que es el amor. ¡Tú me admirabas, maldita hija de...! No, no podía consentirlo y te di de nuevo con una mentira en las narices. Yo tenía novio, ¿qué te habías creído? Y había tenido varios: un patinador, cuando apenas era una adolescente; un empresario, cuando estudiaba el bachillerato nocturno, y un director de cine, mientras estudiaba la ingeniería. ¡Chúpate esa, morena!

Temí entonces que me pidieras que quedásemos las dos parejas para cenar y no, no iba a buscarme un novio de alquiler. Se había acabado; esa mentira tenía que ser la última. Si me pedías eso, te contaría que acabábamos de romper. También mentira, pero la última.

Pensar en ello me ha impedido dormir en toda la noche y he tomado la decisión de confesártelo todo. Pero lo que de verdad me ha hecho decidirme a acabar mi gran mentira es que me contaseis vuestros planes e tener familia numerosa. Por ahí sí que no paso. No estoy dispuesta a buscar novio, casarme y verme rodeada de hijos, con tal de ser más guay que tú. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Y, antes de despedirme, quiero contarte que me acabo de matricular en Psicología y que le daré su tiempo para acabarla. Así que, cuando no soportes a tu prole ni aguantes a tu maridito, busca mi consulta a través de Internet. Será un placer atenderte. Te haré descuento.

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR
 VIRIATO PATRICIO

Historia de una mariposa

Una imagen de Santa Teresa de Jesús sin pulir, tallada en madera de tilo resaltaba en la salita. A pesar de no tener lustre, la tosca escultura resplandecía por sí sola conjugando belleza y sencillez, tal vez en una caprichosa analogía con las virtudes de esta Gran Mujer. Fue esta escultura el regalo inspirado por una mariposa.

Al contrario de lo que pudiera parecer, nada hay de místico en este relato y poco de entomológico, aunque leyendo a Teresa de Cepeda y Ahumada, resultaría fácil encontrar esas conexiones.

En realidad, esta es una historia de sentimiento, gratitud y correspondencia, que comienza en el año de 1848 con las notas de campo, que en cada excursión, y a modo de diario, escribió Mariano de la Paz Graells, médico, investigador, zoólogo y gran aficionado al estudio de las mariposas, cuyos trabajos se conservan en el archivo del Real Museo de Ciencias Naturales de Madrid, en donde impartió cátedra de zoología. Se trata de un viejo cuadernillo con tapas de cartón duro y pliegos de papel cosidos en un lateral, en donde hacía los apuntes de sus observaciones ilustrándolos con algún dibujo ligero.

Abramos, pues, este viejo cuaderno de amarillentas páginas y de olor a lignina impregnado, y comencemos su lectura.

«Madrid, última semana del mes de marzo de 1848, día de Santa Catalina.

Los entomólogos somos gente solitaria; de costumbres tranquilas y nocturnas. Hacía mucho que no salía al campo y tenía las ganas acumuladas desde hacía tiempo, de manera que, aprovechando unos días de libranza comencé a preparar la mochila para la excursión. Cada nueva salida supone una nueva ilusión que comienza con la emoción de preparar los instrumentos necesarios para mis estudios: frascos de distintos tamaños, cazamariposas, pinzas, alfileres... y, como es lógico, el imprescindible cuaderno de campo, que encabezaba siempre de la misma forma: el lugar, la fecha y el santo de ese día (una costumbre heredada).

Inicio este cuadernillo, ya acomodado en la diligencia-correo que tomé esta mañana temprano, en la Casa de Postas de la Plaza Mayor. El destino final de este transporte es la Ciudad de Salamanca, aunque el cochero tiene la deferencia de pararme a trece leguas de haber salido, justo en el Alto del León; un paso abierto entre las dos Castillas por encima de la montaña del Berrueco, en la Sierra de Guadarrama. Allí habrá de aguardarme un zagal para entregarme la caballería, cuyo alquiler he pactado unos días antes con uno de los mayores del Servicio de Diligencias Reales, para hacerme al monte y comenzar una nueva jornada en busca de mariposas.

Así fue. El mozo ya me esperaba sujetando el ronzal de una yegua grande y de dócil aspecto, de seguro acostumbrada a los arriendos. Saludé al muchacho con unas palabras de cortesía, mientras acariciaba la grupa del animal y revisaba la cincha y los estribos. Acomodé los bultos y monté; cuando me alcanzó las riendas, le di unas monedas y emprendí el camino. El intenso olor al láda-

no de las jaras flotaba en el ambiente. Al respirarlo me venía también el aroma de los tomillos y cantuesos y conferían esa calidez típica que se desprende de la tierra en los días de primavera.

A media legua, al pasar uno de los mojones que señalaba el límite entre provincias, llegué a una pradera de suave pendiente rodeada de jarales. Me pareció el lugar apropiado para las primeras capturas. Tras bajar de la montura y amarrar al animal, descargué los bártulos, extendí el lienzo blanco sobre el que habrían de posarse los insectos y quedé al aguardo. No tardaron en llegar los primeros ejemplares. Suelen ser los saltamontes, después las ágiles y llamativas avispa que sobrevuelan desconfiadas sin llegar a posarse, algún abejorro azul y los últimos en llegar, los errabundos y torpes escarabajos. Bueno, los últimos no; el apasionante desfile de diminutos seres extraños no lo terminan ellos, sino mis queridas y llamativas mariposas, símbolo de la inmortalidad y el renacimiento. Para muchas personas las mariposas son simples insectos, pero a mí me parece —más allá de la fascinación que me suscitan— que son el ejemplo más veraz de la filosofía de la vida. Nadie como ellas viven su breve existencia con tanta intensidad, transmitiendo esa alegría con sus vuelos y colores. La «Ninfa de los arroyos», de un azul oscuro casi negro, con un reborde de manchas tan blancas como la nieve; la «Doncella española», con un naranja tan intenso que se funde casi en rojo; la «Niña celeste», de azul brillante y bordeada toda ella de una fina línea blanca... Sus vidas son efímeras, sí, pero aprovechan cada segundo, cada flor, cada hoja, cada piedra alfombrada de musgo para posarse un instante y retomar enseguida su viaje en busca de los cantuesos, retamas, prímulas o de las aromáticas santolinas. Cada una es distinta, extraña y misteriosa; todas apasionantes y coloristas en ese micromundo, que en nuestra arrogancia suponemos superfluo y sobre el que nos creemos seres superiores. Pero aquí, en la quietud del campo, en esta inmensa soledad, a la fuerza se impone el reconocimiento humilde de nuestra insignificancia. Si minúsculo es nuestro planeta en el universo, si breve nuestra existencia entre los millones de años que el mundo lleva corriendo, si nuestra vida en sí es un milagro inexplicable, tal vez sus fugaces vidas no sean tan diferentes a las nuestras.

Las horas se me pasaban sin darme cuenta, la luz del día se iba apagando y con ella cesaba el canto de los arrendajos, el de las abubillas y los pinzones. También paró el retumbante tamborileo del pico picapinos, que llevaba toda la tarde resonando en la lejanía. Comenzaban ahora a cantar los grillos y, un poco más oscurecido, el autillo al que no tardé en sumarse el lastimero ulular de un cárabo. Sentado en la silla plegable, bajo el embrujo de la luna creciente y abrigado ya del frío serrano, examinaba con atención a cada uno de los pequeños insectos que iban llegando a la sábana, atraídos por la blanca luz del carburo: escarabajos, luciérnagas, polillas y mosquitos eran los más numerosos, aunque de cuando en cuando aparecía alguna mariposa, como el «Gran pavón nocturno», la original «Tau» o la «Polilla armiño» con su

característica librea de un blanco intenso.

Los nombres de las mariposas evocan hermosas y antiguas historias que han dado vida a muchos seres y deidades de los campos y bosques: «Doncella de ondas rojas», «ata-lías», «pandoras»... parece que las hubieran bautizado los mismísimos duendes y hadas de aquellos cuentos infantiles que tanto me hicieron soñar.

En esos pensamientos estaba, cuando de repente la vi... ¡Vi la mariposa más maravillosa que jamás había visto! Apareció volando con calma, casi flotando en el aire, como si hubiera cesado la gravedad en la Tierra. Se posó apenas sobre uno de los pliegues que formaba el lienzo. De puntillas, como una bailarina vestida de largo tutú danzando a la música de una orquesta imaginada. Resaltaba el color azul turquesa de sus alas ocelladas, surcadas de líneas rojizas y terminadas en una cola extravagante que completaba su exclusiva elegancia. Abría sus alas y las volvía a cerrar; las abría y las cerraba... Noble y presuntuosa, se mostraba ante mí segura de su belleza.

Tardé en reaccionar ante el soberbio espectáculo que de improviso me regaló la noche, pero en cuanto volví en mí, me levanté despacio y con suavidad me apoderé de ella, abrí el bote de las sales de cianuro y la introduje en su interior. Languideció poco a poco, pero en ningún momento perdió su solemne dignidad. Con esa captura di por finalizada mi excursión y tras pasar la noche en la «Casa de la Cueva» regresé con el deseo de comenzar las investigaciones cuanto antes.

Madrid, a 11 de Julio de 1849 día de San Benito.

Hoy, casi año y medio después, retomo mi diario tras haber concluido los estudios de este curioso ejemplar, perteneciente al grupo de las «saturnias» pero aún sin clasificar. Honor que tengo para mí por ser su descubridor. En este tiempo de ausencia en mis apuntes, he analizado sus ciclos, estudiado su biología e investigado todas las fases de este lepidóptero, que no difieren en mucho con el resto de sus hermanas. Todas las conclusiones oficiales, ya están incluidas en los archivos de la Universidad y dispuestas para ser publicadas. Finalmente ha quedado registrada como una nueva especie en el Catálogo Internacional de Nomenclatura zoológica, bajo el nombre de «Graellsia Isabelae», pues fue mi voluntad dedicar este hallazgo a La Reina Isabel II de España.

En mis investigaciones, averigüé que tras esta hermosa criatura se escondía un espantoso y peculiar secreto. Como si de un castigo de los dioses se tratara, sería la más bella entre las bellas, pero jamás podría alimentarse porque carecía de espiritrompa, el aparato que utilizan para libar el néctar de las flores. Desafortunado pesar que enseña que, también en el mundo de las mariposas, por cada virtud siempre hay un desconsuelo. Fue este un descubrimiento insólito en mis investigaciones, que me valió la felicitación personal del Presidente del Consejo de entomólogos Europeo, y aun sabiendo que la sabiduría más grande es la humildad, a veces no puedo evitar vanagloriarme de tantos éxitos. He re-

eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE BIENES CULTURALES DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR
 XIA ZHENG ZHOU



En mis investigaciones, averigüé que tras esta hermosa criatura se escondía un espantoso y peculiar secreto

cibido premios, agasajos y menciones en los medios más prestigiosos del mundo, incluso he sido distinguido con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III. Aunque no terminó ahí mi complacencia. En la ceremonia de entrega de premios a las labores científicas, presidida por la mismísima Reina, y a la que fui invitado, tuvo S. M. el delicado favor de presentarse luciendo un precioso medallón de cristal opalino con irisaciones turquesas, en donde se resaltaba la reproducción exacta de «mi mariposa». De todos, este fue el reconocimiento más sencillo y entrañable que recibí y sin duda, el que más me emocionó.

Quedará, pues, inscrita de por vida en el Catálogo mundial de lepidópteros. Se conservará inalterable en las vitrinas del Museo de Ciencias Naturales y, en algún rincón del Palacio Real, permanecerá para siempre el cortés gesto de la Reina en forma de medallón, como testimonio vivo de aquel recuerdo.

Concluyo y archivo el presente diario en Madrid, a 11 de julio de 1849».

Y con este librillo, también nosotros finalizamos su lectura. Pero este final no es más que el principio de una cadena de circunstancias, cuyos eslabones de gratitud han ido engarzándose para completar este relato. Nunca hubiese podido imaginar nuestro protagonista que, un siglo después de su feliz descubrimiento, el Ministerio de Agricultura y Pesca, Alimentación y Medio Ambiente, tendría la delicadeza de inmortalizar a la mariposa con un monumento de bronce en el mismo lugar en donde fue hallada. Para tal fin, se eligió a un artista de excepción: un hombre bueno y querido, profesor en la Escuela de Artes y Oficios de Ávila, llamado Antonio Arenas, que, agradecido por tal honor, tuvo el detalle de esculpir y donar una estatuilla de la Santa abulense, en clara alusión a la mujer que encontró entre las mariposas fuente de inspiración para ilustrar muchas de sus obras literarias.

Complacidas, también, quedaron las gentes del Pueblo de Peguerinos por la divulgación del descubrimiento en sus campos, hasta tal punto que, en un gesto de gratitud, incluyeron la imagen de la *Graellsia Isabelae* en el blasón del Escudo Heráldico de su Ayuntamiento.

La estatuilla de Santa Teresa se conserva hoy en un pequeño convento de Carmelitas Descalzas y allí, en un ambiente de espiritual recogimiento, luce en una salita rodeada de recuerdos, ornamentos y viejos libros, a los que Ella tanto consideraba.

Todos los años, al llegar la primavera, como si de un renacer a la vida se tratara, sacan la imagen a un velador, bajo los almendros que hay junto al huerto, y dicen que algunas mariposas revolotean a su alrededor, como para hacer una visita de hermandad a la que un día, como ellas, nació esplendorosa del interior de un «capuchillo» de madera de tilo.

Koya



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 t @AscSombraCiprés
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR
 CAROLINA ARES



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR
 XIA ZHENG ZHOU



Un villancico

La mañana de Navidad estuvo un rato tumbada en la cama, sin saber bien si seguía dormida o ya estaba despierta, mientras disfrutaba del calor de las mantas y el silencio de la casa, solo interrumpido por el débil trino de algún pajarillo. En su mente se proyectaba un mosaico de imágenes festivas. En el fondo, procesaba lo que había ocurrido en los últimos días.

Aún con los ojos cerrados, las impresiones comenzaron a tomar forma de recuerdos llegados directamente del pasado, como si el primero de los fantasmas de Dickens se materializase en la mañana de Navidad en su cabeza. Y ahí estaba el tío Gilito, convertido en Ebenetzer Scrooge mirando incrédulo al Marley-Goofy, primero en la película y después en el cuento que le trajeron los Reyes y que fue su primera toma de contacto con la historia que marcaría su vida. Aunque en aquel momento para ella todavía era *Una Navidad con Mickey* y no *Canción de Navidad*. Lo leía la tarde de Nochebuena, mientras su abuela hacía la cena. Su abuelo insistía y al final sus hermanos y ella siempre acababan acompañándolo al pueblo, para hacer la típica ronda familiar navideña. Afortunadamente, y al contrario que su abuela, él era rápido y sus breves visitas dejaban espacio en aquella infinita tarde para hacer otras cosas, como ver Alf en la televisión. Los nervios dominaban aquella jornada e incluso se podían sentir cuando ya estaban todos sentados a la mesa, con los villancicos de Parchís de fondo. Sus hermanos, vestidos con ropa vieja de sus abuelos, la Misa del Gallo, el desayuno familiar antes de abrir los regalos, los paseos por la playa para bajar la comida navideña..., aunque ya no daban Alf en la tele y ellos habían crecido, dando paso a una nueva generación, las cosas no cambiaban mucho cuando llegaba diciembre.

Aún sin despertar del todo se giró en la cama, arrebujándose bien entre las mantas al sentir el frescor de la almohada en su cara. De fondo comenzaban a escucharse los primeros signos de actividad en la casa, muy leves y silenciosos, para evitar despertar a los niños. Su mente fue dejando atrás al Fantasma de las Navidades Pasadas que le susurraba los recuerdos de su infancia, mientras el Fantasma de las Navidades Presentes se abría paso para recordar los últimos días, tan intensos, que apenas había podido asimilarlos.

La lectura de su tesis doctoral sobre los cuentos de Navidad de Dickens acababa de tener lugar. La intensa investigación sobre la obra del autor inglés había tocado a su fin, tras cuatro años de vivir una Navidad semipermanente, con un curso académico en el Reino Unido incluido, en el que hurgó literalmente entre los papeles del escritor e incluso llegó a tener entre sus manos una primera edición de *Canción de Navidad*.

Siempre que recordaba aquel momento notaba la calidez en su interior. Bajo las frías luces de la Biblioteca Británica, equipada con unos guantes, pudo leer una vez más la historia de una manera tan increíble que su impresión jamás se borraría.

Su tesis versaba sobre la importancia de la Navidad en la obra de Dickens, pero también sobre la importancia de Dickens para esas celebraciones, el canon literario del cuento de Navidad que el autor inglés había establecido y su influencia posterior. Con un «paparruchas» concluyó su exposición, haciendo reír a los miembros del tribunal, a sus amigos y familiares presentes en la sala. Tras el sobresaliente cum laude obtenido, tuvo lugar lo que su padre había denominado como «primera comida navideña de la temporada», con toda la familia. A esta le siguió un fiestón organizado por sus amigos. A pesar de la celebración, al día siguiente se despertó inquieta, con un enorme vacío en su interior. Había elegido la fecha de la exposición por lo apropiado de la temática, para que reinase un ambiente festivo entre los miembros del tribunal que vieran cerca las vacaciones, pero también para poder descansar tras el duro trabajo realizado y poder posponer hasta el año siguiente la decisión de qué hacer con su vida. Pero el bajón que sigue a un periodo intenso la golpeó de lleno y la incertidumbre se había adueñado de ella, reclusiéndola en casa durante cuatro días en los que prácticamente no había salido de la cama.

Sin embargo, el desayuno navideño que siempre hacía con sus amigos se había adelantado y le ayudó a entrar en el ambiente festivo. Fue un punto y aparte dejando tan solo espacio para el descanso y la diversión. Con sus jerséis navideños, intercambiaron regalos, cantaron villancicos y el desayuno se convirtió en cena mientras daban la bienvenida a las fiestas.

Al día siguiente cogió el coche y condujo varias horas rumbo al Norte, a la casa de sus abuelos, el hogar familiar, su casa. A partir de ese momento se había entregado a los cuidados de sus abuelos como cuando era una niña y sus padres la llevaban allí a pasar

las vacaciones de verano. Durmió y descansó, quitándose por fin el peso de los últimos días; dio largos paseos por la playa con su abuelo, cocinó con su abuela, puso el árbol y el Belén, leyó y fue de compras. Cuando llegó toda la familia, estaba lista para cualquier celebración.

La noche anterior habían celebrado la Nochebuena como siempre: la casa hasta arriba, la mesa repleta, voces y ruido en todas partes, villancicos, nervios, todos juntos. Ni siquiera sacó tiempo para leer *Canción de Navidad*. Hacía algunos años intentó instaurar una tradición por la que cada año leyese la obra en familia, por turnos y en voz alta, pero todos habían pasado olímpicamente de ella.

En definitiva, todo había sido alegría y bullicio navideño. Tan solo el día del solsticio de invierno le había vuelto a pesar la incertidumbre del futuro, como si del último de los fantasmas de Dickens se tratase. Puso el despertador antes del amanecer, se levantó en silencio y condujo los diez minutos que le separaban de Costa Quebrada. Allí se había sentado cerca del borde del acantilado y había visto elevarse el sol sobre el mar, la vida venciendo a la muerte en el día más corto del año. Durante unos instantes no se pudo engañar. La precariedad estaba en todas partes. Era la norma, la realidad con la que tenía que vivir su generación. Una generación que fue adolescente durante los buenos tiempos, cuando todo parecía posible, pero que en la universidad se enfrentó a la sombra de la crisis acechando: incertidumbre mientras se formaba más que cualquier grupo anterior gracias al apoyo económico de familias que hicieron ingentes esfuerzos para ello, pero el tiempo pasaba y las expectativas laborales se reducían. Cuando el problema de la incorporación al mercado laboral quedó atrás, fue reemplazado por la precariedad: contratos basura, sueldos bajos y la vida por las nubes. Y todo ello la estaba esperando, como el siguiente peldaño de una escalera deficiente. No quedaba más remedio que su birla, pero tendría que hacer equilibrios para poder mantenerse en ella.

Finalmente abrió los ojos y oyó lejano el pitar de los pájaros, porque el murmullo que llegaba débilmente desde la cocina era cada vez más fuerte. Su familia se despertaba y preparaba la mañana de Navidad haciendo el desayuno. Por fin se despezó y, tras levantarse, abrió las contraventanas, se puso la bata y salió en dirección a la cocina. Al bajar las escaleras le llegó el fuerte aroma del café recién hecho con especias, llenando su espíritu de calidez navideña, como la lumbre en un día frío, mientras los murmullos se hacían cada vez más fuertes. Sorprendentemente los niños aún dormían; debían de haber tardado mucho en caer dormidos. Cuatro generaciones de una misma familia descansaban bajo el mismo techo, esperan-

A partir de esee había entregado a los cuidados de sus abuelos como cuando era una niña y sus padres la llevaban allí a pasar las vacaciones de verano



En tiempos de Dickens no se celebraba la Navidad. La gente trabajaba todos los días de la semana muchas horas y aquel día festivo solo quería **descansar**

do una mañana feliz de diferentes maneras.

Al traspasar el umbral de la cocina, deseó feliz Navidad a todos y se unió a los preparativos del desayuno en medio de un ambiente festivo. En el comedor esperaba la mesa engalanada con el mantel de flores de pascua, mientras colocaban las tazas y los platos de Navidad, cargados de dulce y salado. La cafetera, la lechera y el azucarero ocupaban el lugar de honor, mientras la puerta del salón permanecía cerrada, con los regalos bien ocultos, para poder prolongar el nerviosismo infantil un rato más mientras desayunaban juntos.

Apenas habían acabado de preparar la mesa, cuando se oyó un estrépito de escalones crujendo bajo los pies de los niños, que bajaban las escaleras. La madera parecía quebrarse mientras corrían nerviosos aquella mañana de Navidad. Los adultos, somnolientos, los esperaban junto a la mesa y, en medio de la algarabía, comenzaron a desayunar. Los pequeños pronto empezaron a soñar en voz alta con aquello que encontrarían bajo el árbol. El más mayor de ellos, que ya se debatía entre la compañía de los niños y los adultos, quiso hacer partícipes a estos en la conversación.

- Y vosotros... ¿qué queréis? Pero de verdad, no valen respuestas como «unos zapatos».

Los adultos se miraron durante un momento, pensando cómo responder a una pregunta así cuando el abuelo se adelantó a todos.

- A mí me gustaría celebrar muchas navidades más. Bueno... ¡y que esta casa se mantuviese sola y gratis! ¡Siempre hay muchas cosas que hacer!

La abuela fue la siguiente en responder.

- Yo querría un viaje a Roma.

Las respuestas se fueron sucediendo, con regalos cada vez más caros e improbables.

- Un Land Rover Velar.

- Una pulsera de brillantes.

- Una primera edición de la *Canción de Navidad* de Dickens.

Esta respuesta no llamó la atención de los más mayores, sin embargo los niños la miraron intrigados. El más pequeño fue el que respondió a su tía.

- ¡De verdad lo qué más quieres es un libro? ¡Eso seguro que te lo traen!

- Bueno, es un libro muy, muy caro...

- ¡No puede ser tan caro! ¡Es un libro!

- Es más caro que el Land Rover o que la pulsera de diamantes.

El pequeño la miró impresionada.

- ¿De verdad?

Su tía asintió.

- ¿Por qué?

- Por muchos motivos –respondió ella–. El principal es que es un libro muy antiguo del que hay pocas copias, por lo que es difícil de conseguir.

- Eso hace que sea más valioso –dijo el niño mayor, haciéndose el interesante con los más pequeños.

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

La gente empezó a juntarse para comer y se recuperaron las viejas canciones navideñas que parecían olvidadas

- Eso -concedió su tía-. Pero, además, a ese libro le debemos que la Navidad sea hoy como la conocemos, con los árboles, las comidas familiares y los regalos. Charles Dickens, su autor, fue quien nos regaló el espíritu navideño.

- ¿Antes no había árboles de Navidad? -preguntó alguno de los medianos impresionados.

Su tía aprovechó el silencio que se había formado, cargado de expectación, para coger carrerilla. A fin de cuentas había hecho una tesis doctoral sobre el tema.

- Charles Dickens era un escritor muy, muy famoso, pero en sus tiempos no se celebraba la Navidad. La gente trabajaba todos los días de la semana muchas horas y aquel día festivo solo quería descansar. Pero en el año 1846 todo eso iba a cambiar. Las últimas obras de Dickens habían sido un fracaso y, con una familia numerosa que mantener, no corrían buenos tiempos en su casa. Entonces, un buen día empezó a escribir una historia de Navidad.

La joven siguió contando la historia, cómo había hecho tantas veces.

«Cuando tuvo las primeras páginas fue a ver su editor, esperando que le adelantase algo de dinero por su publicación, pero este se rió en su cara. Se negó a publicarlo: le dijo que a nadie le interesaba la Navidad, que estaba muy cerca y no le daría tiempo a terminarlo y que ya había perdido mucho dinero con sus tres últimos libros, como para añadir un fracaso más.

Dickens no se desanimó y decidió que, con el poco dinero que tenía, él mismo editaría el cuento. Su familia se desesperó, porque contrató un ilustrador que hiciera las imágenes e invirtió en los mejores materiales. No reparó en gastos pese apenas tener

para comer. De no haber sido porque la Navidad no se celebraba, los Dickens habrían pasado unas navidades muy humildes. Pero a principios de diciembre salió el librito. A Christmas Carol se llamaba. En castellano literal sería Un Villancico, pero de hecho lo han traducido siempre como Canción de Navidad. El libro fue un éxito rotundo, hasta tal punto que había cola en las librerías para comprarlo y el día de Nochebuena se habían vendido todos, estaba agotado. Aquel año las fiestas comenzaron a cambiar. La gente empezó a juntarse para comer y se recuperaron las viejas canciones navideñas que parecían olvidadas. La reina Victoria y su familia aparecieron en los periódicos ante un árbol iluminado con velas y manzanas y los ingleses empezaron a imitar a su reina, que fue toda una influencer en sus tiempos. Poco a poco la Navidad comenzó a vestirse de alegría con el resucitado espíritu navideño que Charles Dickens nos había regalado. Y cada año, por estas fechas, sacaba un nuevo cuento navideño. Sin embargo, ninguno ha sido tan querido como *Canción de Navidad*.

Cuando acabó su historia, la habitación se mantuvo un instante en silencio. Mientras hablaba, todos la habían escuchado atentamente, pero también habían acabado de desayunar. Por ello, los niños olvidaron rápidamente a Dickens y salieron corriendo a abrir los regalos.

Tardaron mucho. Eran una familia numerosa y abrían los regalos ordenadamente, viendo cómo se iluminaban las caras de los demás. La habitación se fue llenando de juguetes, libros, calcetines, relojes y papel rasgado hasta que llegó el último regalo para abrir.

La chica lo tomó en sus manos, sintien-

do por un instante el peso. Parecía un libro. Lo abrió: un tomo encuadernado en piel marrón con letras grabadas en oro apareció entre sus manos. Su corazón dio un vuelco. No podía ser...

Con manos trémulas abrió el libro para descubrir que no, no era una primera edición de la Canción de Navidad de Dickens. Reconoció la letra de su abuela en la primera página:

«Estrofa primera. El fantasma de Marley. Para empezar Marley estaba muerto: de eso no cabe la menor duda».

Después le seguía la letra de su abuelo, de sus padres, de sus tíos, de sus hermanos, sus primos... todos habían participado. Hasta los más pequeños habían aportado las ilustraciones. Aquello era mucho mejor que el regalo que ella había soñado. Con el libro entre las manos, sintió cómo el peso del futuro se evaporaba. Se uniría a la vida precaria de millones de jóvenes, pero estaría bien. Al fin y al cabo, tenía una familia que la apoyaba y que estaría a su lado pasase lo que pasase. Aquel libro era una prueba de ello. Y unos amigos estupendos con los que compartir esa vida incierta. De pronto, una voz la sacó de sus pensamientos.

—Tía, ¿yo también puedo leer ese cuento de Navidad?

La chica la cogió de la mano y la acompañó al cuarto de juegos. Ahí en una estantería, de una colección de cuentos Disney cuyos lomos formaban el nombre de la empresa, cogió un volumen. En él, el tío Gilito se alejaba enfurecido de unos festivos Donald y Mickey. Su primera edición de la Canción de Navidad, tan valiosa para ella. Se lo entregó a la niña y le dijo:

—Si quieres lo podemos leer juntas.

Todo preparado para celebrar con vosotros ese día tan especial



¡os esperamos!



relatos de navidad

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

MANUEL MANTECA

OBRAS:

Novela: *Los malos vientos*

eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

XÍA ZHENG ZHOU

Una noche cualquiera

Se conocieron una fría noche de enero, invisibles para todos, entre el torrente de gente que abarrotaba las calles a lomos de la felicidad de aquella velada mágica. Había quedado atrapado entre dos contenedores, mientras luchaba por alcanzar unos restos de comida, enganchado con el trozo de cuerda que durante años fue su collar. Asustado y en estado permanente de alerta quiso defenderse del enésimo humano que, asumiendo, le haría daño, pero apenas le quedaban fuerzas. Solo podía enseñar los dientes, deteriorados e inservibles, traicionada toda amenaza por una mirada que imploraba paz y una pizca de misericordia; ojos licuados por el miedo que dejaban entrever el brillo de un atisbo de confianza en el hombre, la que por instinto y tantas veces burlada conservaba aún su especie.

Muy flaco, sucio y con la piel trufada de cicatrices, el aspecto de quien ha sobrevivido largo tiempo en la jungla del desamparo, acostumbrado a sufrir y perder, siempre. Levantó la tapa, arrojó la basura y se dispuso a marchar, ignorando aquel problema de nadie, pero se detuvo. Pasarían horas hasta que el servicio de recogida lo pudiese liberar, at-

ruido de frío, sediento y expuesto a la maldad de quienes ven en la debilidad la ocasión de hacer daño. Con un cuidado extremo y, entre chillidos de dolor, cortó con su pequeña navaja la sogla que le estaba asfixiando, encarnada en lo más profundo de la piel durante años. Con la velocidad que le permitían sus agotados músculos trató de huir, alejándose unos metros, en espera del acostumbrado castigo por el simple hecho de vivir, pero sus patas acalambradas se negaron a continuar.

Se dejó llevar en brazos, abandonado a la inocencia de quién ansía ser amado, superado el miedo por el cálido recuerdo del cachorro mimado que fue; un regalo animado, para júbilo de un niño, que interesó mientras mantuvo su aspecto de muñeco. Hasta que el paso del tiempo, transformado ya en incordio e insidiosa tarea, hizo de él un capricho prescindible.

Le abandonaron en el campo una mañana, confiando en su capacidad de sobrevivir como descendiente del lobo que era, un ridículo y perverso intento de lavar así sus conciencias; perdido, hambriento y aterrado, vagando desesperado tras la estela de un olor familiar que había dejado de serlo. Ahora feo, su-

cio y vulgar, recibiendo de cada humano con quien topaba golpes, persecución y desprecio, a fuerza del maltrato receloso y esquivo; añorando, en sus agitados sueños, aquel breve lapso de felicidad, cuando era un hermoso juguete.

A él también le abandonaron, años atrás, cuando dejó de ser útil. De un modo más lento y sutil, pero con las mismas consecuencias: en el vacío de las cuatro paredes de un viejo piso destastado, invisible a los demás, sin nadie que recordase su nombre. Aferrado a la rutina, a sus manías, la única tabla de salvación para evitar perder el juicio. Olvidado y solo, fiada su suerte a una muerte piadosa, perdida toda esperanza de volver a sentirse querido. Una angustiosa cuenta atrás tachando en el calendario los días para el ansiado final, hundido en su desvencijado sillón junto a un teléfono que hace tiempo dejó de sonar.

Se sentaron frente a frente, bajo la tenue luz del salón, cruzando la mirada. Dos almas vapuleadas, raídas por la desdicha y aferradas de nuevo a un destello de esperanza. Era la noche de Reyes, hasta ayer, noche de nada. Absortos uno en el otro, contemplando en silencio, lejos ya la soledad, el más precioso regalo.

Le abandonaron en el campo una mañana, confiando en su capacidad de sobrevivir como descendiente del lobo que era

Nuestro valor añadido: ofrecer segundas oportunidades a las personas

**EMPRESAS DE INSERCIÓN DE CASTILLA Y LEÓN
Y MUCHO MÁS**

www.empresas.jcyl.es

